



La interpretación de nuestro patrimonio

Autor: Freeman Tilden

Editorial: Asociación para la Interpretación del Patrimonio, Sevilla: 2006 (1ª edición, University of North Carolina Press, 1957)

ISBN: 978-84-611-0689-9

Páginas: 176

Provocar es lo que el texto de Freeman Tilden propone y hace desde hace más de medio siglo. Por ello, *Interpreting our heritage* se ha convertido en una obra de referencia para cualquier persona que se enfrente al apasionante reto de mediar entre el pasado, el presente y los visitantes de un espacio patrimonial.

En 1957, Freeman Tilden (1883–1980) escritor y periodista norteamericano, pensaba que los intérpretes de los parques naturales e históricos de los Estados Unidos necesitaban un cambio o un aliciente para cambiar el modelo de interpretación en dichos espacios. Bajo la idea clave de que interpretar no es solo informar, el autor nos muestra soluciones y consejos a los diferentes problemas que el desarrollo de la interpretación supone en un espacio donde se conserva, se investiga y se difunde el patrimonio.

Cuando los visitantes se acercan a los museos y parques naturales se adentran en lo desconocido, por tanto, su entrada en los espacios de patrimonio es el inicio de una aventura y este episodio no puede convertirse en una pesadilla. A menudo estos visitantes no son ni biólogos, ni historiadores, ni especialistas y la aventura de su visita no pasa porque acaben siendo expertos en la materia.

Para Freeman Tilden este viaje debe ser acompañado por los intérpretes de un museo y debe partir de la experiencia de los visitantes, su personalidad, sus ideales... Ahí es donde radican el interés y la atención. No es lo mismo enunciar que hace miles de años las personas vivían en cuevas y comían lo que cazaban, que situar a los visitantes en ese espacio o en ese tiempo. “Donde estamos ahora, vivían personas que comían lo que cazaban, ciervos y bisontes, en ese momento, aquí, había muchos, y no había casas como ahora, allí había un lago y estaba rodeado de árboles”, “Hace 100 años, los padres de nuestros abuelos tenían que pasar por esta taquilla para comprar los billetes

para entrar en el Metro, el billete costaba 15 céntimos de peseta, lo mismo que un sobre de cromos de la colección de La liga o que una barra de pan”. Para el autor estos serían ejemplos que consiguen que los visitantes sientan que los bienes son de un tiempo y de un espacio cercano, con este ejercicio se ha generado un vínculo entre el patrimonio y los visitantes, ya no son bienes desconocidos y es ahora donde se tiene la oportunidad para convertir a los visitantes en protagonistas. Ahora estos bienes dejan de ser elementos para ser contemplados y se pueden aprovechar los espacios protegidos para resolver las dudas que se plantea el visitante.

En este punto es donde el intérprete tiene que esforzarse por entender cómo se vinculan los bienes con los visitantes y cómo comunicarse con ellos. Los intereses de los visitantes son fundamentales, pero también hay que saber responder a las preguntas. El autor no defiende que se trate de una tarea fácil, e incluso plantea el reto de que los intérpretes deben ser poetas, no en el sentido estricto de la palabra porque el discurso de un museo no es un poema, pero sí que hay que manejar el arte de la palabra, ser hábil en la exposición de ideas y adaptarlas a cualquier situación que pueda presentarse.

Pensar en un discurso adaptado no es inventar los contenidos o empobrecerlos, del mismo modo, estos enunciados no son un ataque a los investigadores o expertos. En su defensa, el autor señala que es injusto pensar que los especialistas en historia o en biología son especialistas en

interpretación. La obra no trata de generar una competición, que no sería nada positivo, entre los investigadores en las disciplinas de referencia de los museos y las personas dedicadas a la interpretación. Para el autor, los dos trabajos son necesarios y deben ser compatibles, sin el trabajo previo de los investigadores no es posible empezar una interpretación y sin el trabajo de los mediadores no hay interpretación.

Freeman Tilden es sin duda un formidable comunicador y aplica estos argumentos en su obra. El texto es un relato que engancha al lector sensible e interesado en la interpretación con argumentos provocativos y presentados de forma audaz y sugerente. Desde el comienzo la obra manifiesta la posición del autor y enuncia seis principios que considera básicos para una buena interpretación:

- Cualquier interpretación que de alguna forma no relacione lo que se muestra o describe con algo que se halle en la personalidad o en la experiencia del visitante, será estéril.
- La información, tal cual, no es interpretación. La interpretación es revelación basada en información, aunque son cosas completamente diferentes. Sin embargo, toda interpretación incluye información.
- La interpretación es un arte, que combina otras muchas artes, sin importar que los materiales que se presentan sean científicos, históricos o arquitectónicos. Cualquier arte se puede enseñar en cierta forma.

- El objetivo principal de la interpretación no es la instrucción, sino la provocación.
- La interpretación debe intentar presentar un todo en lugar de una parte, y debe estar dirigida al ser humano en su conjunto, no a un aspecto concreto.
- La interpretación dirigida a niños (digamos, hasta los doce años) no debe ser una dilución de la presentación a las personas adultas, sino que debe seguir un enfoque básicamente diferente. Para obtener el máximo provecho, necesitará un programa específico.

A partir del segundo capítulo, el autor desgana cada uno de estos principios. En la primera parte del libro se explican las razones de los principios, desarrollando cada uno de ellos, a partir de la experiencia propia como comunicador y de los argumentos presentados por personas dedicadas a la interpretación en parques naturales de todo el mundo, con especial atención a los estadounidenses. En una segunda parte, el autor señala ejemplos e ideas sobre la cartelera, el discurso, el descubrimiento de los objetos o la colaboración con los aficionados para convertirlos en personas comprometidas con la interpretación. El autor muestra ejemplos habituales de mediación que podrían mejorarse en los museos: fallos en los mensajes, errores que se cometen cuando tratamos con la infancia, conflictos entre profesionales, incoherencias de discurso... Pero no se trata de una propuesta destructiva, en todos los casos el autor plantea soluciones que

encajan con los principios mencionados y que pueden ser aplicados en la museografía y los discursos de nuestros museos y espacios patrimoniales.

Interpreting our heritage propone genialidades para desarrollar el trabajo de intérprete con ejemplos e ideas que pueden formar parte del discurso de cualquier museo o parque natural. Se encuentran ejemplos para que los visitantes participen y cómo invitarlos a hacerlo, “propongo que nos pongamos juntos a trabajar en los detalles de esta historia”. Se muestran ejemplos para explicar conceptos complicados como “ecología” a partir de las experiencias de los grupos escolares. También se descubren modelos para generar mensajes claros, concisos y completos en las carteleras de los museos. Sin duda, es un libro para disfrutar, para aprender y para ponerse a trabajar y mejorar los discursos museológicos. Resulta sorprendente que, a pesar de la utilidad de la obra, esta no se haya traducido al español hasta 2006, por ello se debe felicitar a la Asociación para la Interpretación del Patrimonio por la segunda edición.

No se puede cerrar una reseña de este texto sin señalar algunos de los consejos que se presentan en esta obra que han hecho que numerosos intérpretes y compañeros de profesión desarrollen y mejoren su trabajo desde 1957. No olvido, que yo soy uno de ellos:

- No debemos sobrestimar el conocimiento de los visitantes. Podemos hacer que se sientan humillados por no saber cosas

- específicas de nuestras disciplinas.
- No hay que olvidar la belleza y las emociones porque son el motor de múltiples acciones humanas.
 - Nada en exceso, pero evitando dejar mensajes sin explicación.
 - No se trata de demostrar lo que sabemos, hay que explicar. Si el visitante sabe sobre lo que estamos hablando nos lo hará saber, solo entonces, podremos dejar la interpretación.
 - Que el visitante pueda descubrir por sí solo la conclusión es un éxito, no un fracaso.
 - Los niños son visitantes curiosos, formulan preguntas que los adultos no se atreven a hacer. Hay

que animar esa curiosidad desde el principio en los discursos: ¿a qué se parece este olor?, ¿cómo usarías esta herramienta?...

- El humor es necesario, pero debe ser sutil. La diversión en el museo la proporciona la interpretación.

Definitivamente esta reseña no trata de enseñar cómo debe funcionar la interpretación de un museo. Se trata de provocar la lectura de la obra *Interpreting our heritage*, que más de 60 años después sigue siendo una referencia y estando de actualidad. Como señala el autor, no es instrucción, es provocación.

Ramón Méndez Andrés
Universidad de Almería